

Experimento en Tegel

GÜNTHER GRASS EN LA CARCEL

EN la prisión de Tegel, en el Berlín occidental, se ha realizado un experimento que puede convertirse en el comienzo de una interesante campaña humanitaria y cultural. La dirección del establecimiento penitenciario invitó al escritor Günther Grass, uno de los valores más interesantes de la nueva literatura alemana, a sostener un coloquio con los presos. Al iniciarse la reunión, el director de la penitenciaría dijo: «Lo que tiene lugar hoy aquí es único en la historia, tanto de la literatura como de las cárceles. Aquí tienen ustedes a un novelista que viene a escucharles y a que ustedes lo escuchen a él».

La celda en la que se habían reunido era la más grande de la prisión, pero resultó pequeña para acoger a los numerosos reclusos que acudieron a ver al escritor. Todos se acomodaron como pudieron mientras en el centro, junto a una mesa, Günther Grass leía algunos capítulos de su última novela. El silencio era absoluto. Los presos le rodeaban materialmente, deseosos de no perderse ni una sola palabra. Al final de la lectura se abrió un animado diálogo entre el escritor y sus nuevos amigos. Al principio, la timidez frenaba el deseo de preguntar, pero pronto fue roto el hielo y comenzaron a surgir las más variadas cuestiones, mil problemas, todos muy de lejos relacionados con la obra del autor y aún con el arte en general. A los reclusos lo que les interesaba, sobre todo, era la vida real fuera de la prisión y que, más allá de los muros, se conocieran las circunstancias en que se desarrolla su vida y sus deseos.

Un preso le preguntó:

—Usted es socialdemócrata, lo ha dicho repetidamente y hasta ha realizado una campaña electoral en favor de Willy Brandt. Sin embargo, no es usted un militante de su partido. ¿Por qué?

Günther Grass sonrió, divertido:

—Confieso mi independencia. No me gusta orientarme según lo que me digan los demás. Sin contar con que no tengo el menor interés en poner en aprietos a un comité obligándolo a que me expulsara.

A los presos les agradó mucho la franqueza y el humor del escritor, que siguió opinando sobre las relaciones con la Alemania del Este, la línea Oder-Neisse, la coalición



ción cristiano-socialista de Bonn, etc. Entre sus oyentes había de todo: asesinos, ladrones, perversos sexuales. Un ex carcelero nazi se quejó de las condiciones de vida en Tegel:

—Me recuerdan —dijo— los campos de concentración de mi época...

Günther Grass corrigió casi dulcemente:

—Yo diría que recuerdan el espíritu del siglo XIX.

Aquel breve diálogo provocó una tanda de quejas y de aspiraciones. Los presos querían que se les ofreciera la oportunidad de trabajar dentro de la prisión; que se les diera un jornal adecuado; pidieron mejor comida, tabaco y poder recibir visitas más a menudo.

El escritor se interesó por todos aquellos problemas. Preguntó si había visitado la prisión algún diputado.

—¡Por aquí no viene nadie! —fue la res-

puesta—. ¡Una carta con todas nuestras quejas jamás saldría de la prisión!

Grass se comprometió a escribir personalmente al subsecretario de justicia. La visita terminó. Los presos aplaudieron calurosamente al escritor en tanto otros se apretujaban para poder estrechar su mano. Desde la galería, Günther Grass se volvió hacia las columnas de hierro y los fríos muros. Por fin salió al patio. Le acompañaban el director de la prisión y el representante de la «Unihelp», una asociación privada empeñada en cambiar el viejo espíritu de aplicación de la justicia. En ella están representados los sindicatos, los grandes partidos políticos y las dos Iglesias cristianas. La visita de Grass ha sido un ensayo alentador. El representante de la «Unihelp» declaró:

—La «escalada» continuará.



Günther Grass ha ido a la cárcel. Por su propia voluntad. La cárcel visitada fue la de Tegel, en el Berlín-Oeste, donde se encuentran delinquentes de todas clases, incluidos antiguos nazis. Fue para leerle a los reclusos unos capítulos de su nueva novela y charlar con ellos. La visita fue patrocinada por una organización nacional en favor de la revisión de los viejos sistemas de Justicia. Arriba, Grass durante la lectura. Abajo, al abandonar la prisión.

